

La luz llegaba y se iba y volvía otra vez, las atronadoras campanadas de las tres resonaban por el pueblo en bronceo tropel, los suaves vientos de abril soplaban sobre el agua de la fuente esparciéndola en láminas de arcoíris hasta que volvía a formarse el palpitante penacho, cuando Grover entró en la plaza. Era un chico de ojos oscuros, serio, con una marca de nacimiento en el cuello —una fresa de un tono café con leche— y un rostro tierno, demasiado reservado y atento para su edad. Los gastados zapatos del chico, los gruesos calcetines sujetos con ligas hasta las rodillas, los pantalones cortos rectos con tres botones inútiles en un lateral, la blusa de marinero, la vieja, maltrecha y deformada gorra, ladeada sobre el cabello negro, la vieja y sucia bolsa de lona que le colgaba del hombro, ahora vacía, pero a la espera de los arrugados periódicos de la tarde; esas prendas agradables, raídas y amoldadas a Grover hablaban por él. Giró y caminó por el lado norte de la plaza, y en aquel momento vio la unión de la eternidad y el ahora.

La luz llegaba y se iba y volvía otra vez, el gran penacho de la fuente palpitaba y los vientos de abril esparcían el agua por la plaza formando un arcoíris en la gasa de rocío.

Los despreocupados caballos de los bomberos piafaban haciendo temblar el suelo de madera con sus cascos, y daban secas sacudidas con sus colas gruesas y limpias. Los tranvías entraban en la plaza desde todas las direcciones y se detenían brevemente como juguetes de cuerda en su regularidad habitual de cada cuarto de hora y en formación de ocho. Y una carreta tirada por un rocín esquelético traqueteaba por los adoquines del otro lado, delante de la tienda de su padre. La campana del juzgado tocó su solemne aviso de las tres, y todo estaba como había estado siempre.

Contempló con serenidad ese revoltijo de formas confusas, ese desordenado batiburrillo arquitectónico que formaba la plaza, y no se sintió perdido. Pues «Aquí», pensó Grover, «aquí está la plaza tal y como ha estado siempre, y la tienda de papá, la estación de bomberos y el ayuntamiento, la fuente con su penacho palpitante, la luz que llega y se va y vuelve otra vez, el traqueteo de la vieja carreta al pasar, el rocín esquelético, los tranvías que entran y paran cada cuarto de hora, la ferretería ahí en la esquina y, al lado, la biblioteca con una torre y almenas a lo largo del tejado, como si fuera un castillo antiguo, la hilera de viejos edificios de ladrillo en este lado de la calle, la gente pasando y los carros yendo y viniendo, la luz que llega y cambia y que siempre va a volver, y todo lo que viene y va y cambia en la plaza, y aun así seguirá estando igual..., aquí», pensó Grover, «aquí está la plaza que nunca cambia, que siempre seguirá igual. Aquí está el mes de abril de 1904. Aquí está la campana del juzgado y las tres en punto. Y aquí está Grover con su bolsa. Aquí está el bueno de Grover, con casi doce años... Aquí está la plaza que nunca cambia, aquí está Grover, aquí está la tienda de su padre, y aquí está el tiempo».

Pues eso le parecía; el reducido centro de su pequeño universo, la mampostería accidental de veinte años, la acumulación casual de tiempo y de esfuerzos desordenados. Sentía con toda su alma que este era el eje de la Tierra, el núcleo granítico de la inmutabilidad, el lugar eterno donde todas las cosas venían y pasaban, y aun así permanecían para siempre y nunca iban a cambiar.

Dejó atrás la vieja casucha de la esquina, ese polvorín de madera donde S. Goldberg atendía en su puesto de salchichas, y luego, en la siguiente puerta, el local de Singer, con su reluciente escaparate de máquinas nuevas, su fascinante calendario con imágenes del terreno de la fábrica Singer: sus colosales edificios de color rojo vivo, la parte de césped de un verde increíblemente intenso, el fantástico tren de carga con una locomotora que parecía un modelo a escala, la gran torre de agua, perfecta como si fuera de juguete, y césped verde por todas partes. Y ante la fábrica había fuentes funcionando, y espléndidos bulevares concurridos por un reluciente tráfico de finos carruajes, magníficas victorias tiradas por caballos pisadores con los cuellos arqueados, conducidos por cocheros con sombreros de copa que llevaban a encantadoras damas con sombrillas.

Era un lugar maravilloso, y siempre le hacía feliz observarlo. Era Nueva Jersey, Pensilvania o Nueva York. Era un lugar que nunca había visto antes, pero el césped crecía más verde allí, los ladrillos eran más rojos, el tren de carga y la torre de agua, los orgullosos caballos pisadores, la espléndida simetría de todo, incluida la naturaleza, superaban cualquier cosa que hubiera visto y lo hacían sentir bien. El Norte, el Norte, el brillante y encantador Norte, el Norte del césped verde, el granero rojo y las casas perfectas, el apacible y

simétrico Norte, donde hasta los trenes de carga y las locomotoras lucían siempre una nueva y radiante capa de pintura. Era el Norte, donde hasta los trabajadores de las fábricas llevaban monos azul claro tan impecables como el uniforme de un soldado, donde hasta los ríos eran de un azul zafiro, y donde nada era burdo ni tosco. Era el Norte, el perfecto, brillante, feliz y simétrico Norte. Era el Norte, la tierra de su padre, adonde él iría algún día. Se detuvo un momento para observar el escaparate; ese espléndido paisaje tan bien pintado lo llenaba, como siempre había hecho, de una sensación de comodidad y expectativa.

También se fijó en la deslumbrante perfección de las máquinas de coser. Las observó y las admiró, pero no le hicieron sentir bien. Lo deprimían. Le recordaban el murmullo afanado de las tareas domésticas y las mujeres cosiendo, la complejidad del punto y el tejido, el misterio de la moda y el patrón, la imagen de las mujeres inclinadas sobre agujas centelleantes, el movimiento del pedal, su ajetreado sonsonete. Sabía que en todo eso había algún misterio que él nunca podría desentrañar. Las mujeres lo hacían con una alegría que nunca entendería. Era un trabajo de mujeres que le producía una desconocida mezcla de aburrimiento y vaga tristeza. Y también una punzada momentánea de espanto, pues sus ojos oscuros siempre acababan fijándose en la aguja parpadeante, esa aguja cosiendo arriba y abajo a tal velocidad que nunca podía seguirla con la vista. Y entonces se acordaba de que su madre una vez le contó que se había atravesado el dedo con la aguja, y siempre, cuando pasaba por ese lugar, lo recordaba y estiraba el cuello un momento y volvía la cabeza.

Dentro de la tienda pudo ver al señor Thrash, el encargado. Y el señor Thrash era alto y enjuto y fibroso. Tenía el pelo

y el bigote dorados y unos grandes dientes de caballo. Los músculos de su mandíbula eran muy fuertes y no paraban de trabajar. Y cuando lo hacían, su dentadura de caballo quedaba al descubierto en una mueca rápida. El señor Thrash colgaba de unos hilos nerviosos y todos sus movimientos eran rápidos y nerviosos, y su voz también era rápida y nerviosa. Y aun así él sabía que el señor Thrash era bueno. El señor Thrash le caía bien. Había algo bueno y rápido y fuerte y dorado en él.

Al ver a Grover mostró un instante su gran dentadura de caballo, lo saludó con su mano de nudillos dorados y se dio la vuelta, justo como si le hubiesen tirado de un hilo. Y Grover siempre se preguntaba cómo se había metido en ese negocio de mujeres. Pero vio la espléndida fotografía de la fábrica Singer y pensó en ella y el señor Thrash juntos. Y entonces se sintió bien de nuevo.

Siguió adelante, pero tuvo que detenerse otra vez ante la siguiente tienda, la de música. Siempre tenía que detenerse en los lugares en los que había cosas relucientes y perfectas. Le encantaban las ferreterías y los escaparates llenos de herramientas geométricas precisas. Le encantaban los escaparates repletos de martillos, sierras y tablas cepilladas. Le gustaban los escaparates llenos de fuertes rastrillos y azadas nuevas con mangos intactos de blanca e impecable madera, con el sello del fabricante bien claro y definido. Le gustaban las cajas de herramientas por estrenar. Le encantaba mirar ese tipo de cosas en los escaparates de las ferreterías. Y se deleitaba con ellas, pensando que algún día las tendría.

Le gustaban los lugares con buenos olores en su interior. Le gustaba asomar la cabeza por las cuadras para ver qué ocurría dentro. Le gustaba su suelo de tablones anchos, abollados, picados y agrietados por los cascos de los

caballos. Le gustaba observar a los negros mientras almohazaban los caballos con cepillos, observar a los negros cuando golpeaban las relucientes grupas y refunfuñaban en la jerga entre negros y caballos: «Sooo... ¡Arre!». Le gustaba observar a los negros quitándoles los arreos y desenganchándolos de las varas del carro. Le gustaba el modo en que el caballo andaba por el suelo de madera con paso rígido y solemne. Y le gustaba la forma despreocupada con la que el caballo alzaba su orgullosa y áspera cola y dejaba caer un excremento de avena. Le gustaba cómo quedaban todas esas cosas sobre el suelo de las cuadras.

También le gustaban las pequeñas oficinas que había junto a las cuadras. Le gustaban esas pequeñas y cochambrosas oficinas con sus ventanas mugrientas, sus pequeñas estufas de hierro fundido, su suelo de tablones, su pequeña y maltrecha caja fuerte, sus sillas chirriantes con respaldos redondos, el olor a caballo y arreos y cuero curtido por el sudor y los mozos de cuadra, rubicundos, de complexión robusta, con pantalones de piel, malhablados, dados a repentinos estallidos de fuertes carcajadas. Le gustaban esas cosas.

No le gustaba el aspecto de los bancos, las inmobiliarias o las oficinas de seguros contra incendios, le gustaban las farmacias y su olor acre, limpio y nostálgico, le gustaba el escaparate de la farmacia con grandes frascos de líquidos de colores y bolas blancas que subían y bajaban. No le gustaban los escaparates llenos de específicos y bolsas de agua caliente, pues por alguna razón lo ponían triste. Le gustaban las barberías, las tabaquerías, pero no le gustaba el escaparate de la funeraria. No le gustaba el buró, ni el diploma colgado encima, ni la planta en la maceta, ni el helecho colgante. No

le gustaba el sombrío aspecto del lugar que quedaba detrás. No le gustaba la funeraria y, por lo tanto, nunca se detenía delante de ella.

Tampoco le gustaba el aspecto de los ataúdes, aunque fueran elegantes e imponentes. Pero le gustaban los pianos, a pesar de que un piano siempre le recordaba un poco a un ataúd. No le gustaba cómo olían los ataúdes, pero en cambio le gustaba el olor de un gran piano. Lo hacía pensar en su casa y en el rancio olor a cerrado del salón, que sí le gustaba. Le recordaba al salón y a su alfombra, que era gruesa y marrón y estaba descolorida, y que cada mañana limpiaban con mucho esmero. Le recordaba a la lámpara de araña, con todas sus relucientes lágrimas de cristal tallado, y la forma en que destellaban y chocaban cuando alguien las tocaba.

Le recordaba a la fruta de cera que había sobre la repisa del salón, bajo una campana de cristal, y al atril de vieja madera oscura, y a la mesa con la losa de mármol vetado que su padre había tallado con sus propias manos, y a la enorme Biblia, tan grande y pesada que apenas podía levantarla, y al gran álbum con cierres metálicos, a los daguerrotipos de su padre de pequeño, todos los hermanos, hermanas y otras personas, con ligeros retoques rosados en las mejillas.

Lo hacía pensar en el estereoscopio, y en todas las imágenes que nunca se cansaba de observar en él, en las tardes tranquilas allí solo, mirando incansablemente por el estereoscopio todas las imágenes de Gettysburg, de Seminary Ridge y Devil's Den desparramadas en formas grises y azules.

Y por último le recordaba al gran piano del salón, al resplandor de su superficie pulida y su envergadura, su magnificencia de ataúd y su suntuoso aroma. Le recordaba cómo, antes de que se hiciera mayor para esas cosas de niños, le

encantaba meterse a gatas debajo del piano y simplemente quedarse sentado allí, sobre la alfombra, oliéndolo todo, y pensando, sintiendo, entregándose a una sensación de emocionante soledad, de aislamiento y orgulloso dominio, una especie de extraño y sombrío consuelo..., no sabía por qué.

Por eso siempre se detenía delante de la tienda de música y del piano. Era una tienda espléndida. Y en el escaparate había un perrito blanco sentado, con la cabeza ladeada hacia un lado, un perrito blanco que nunca se movía, que nunca ladraba, que escuchaba con atención la flamante bocina para oír «La Voz de Su Amo», una bocina siempre silenciosa y una voz que nunca hablaba. Y, en su interior, se encontraban las brillantes y opulentas figuras de muchos pianos de cola, un aire de esplendor y abundancia. A un lado había un mostrador, y tras él estaba el señor Markham.

También le caía bien el señor Markham. Era un hombre bajo, activo y todo en él desprendía energía y pulcritud. Tenía un bigotito canoso bien recortado. Su cabello también estaba encaneciendo, y se lo dejaba crecer espeso, abundante. Pero, en cierto modo, hasta su cabello tenía un corte dinámico, como si cada pelo se proyectara pulcra y enérgicamente hacia delante. Y el rostro del señor Markham era también de facciones pequeñas, pulcra y enérgicas, y muy delicadas. Era un yanqui y tenía la forma de hablar de los yanquis —todo era nítido y claro y enérgico y lleno de pulcra decisión— y, cuando esperaba a alguien, permanecía tras el mostrador sobre el que apoyaba los dedos arqueados y ladeaba la cabeza enérgicamente mientras escuchaba la petición del cliente. Entonces, cuando ya había oído todo lo que el cliente tenía que decir, asentía con rapidez, con energía, como un pájaro, y decía «Ajá» con profesionalidad, como un dentista te diría que

ya puedes escupir y, entonces, con rapidez, con energía, iba a buscar la partitura que el cliente le había pedido.

Nunca parecía abrigar duda alguna sobre ningún tema. Si tenía la partitura, al instante sabía que la tenía y sabía dónde encontrarla. Y con rapidez, con energía, al momento, iba al lugar exacto donde estaba. Y, si no tenía la partitura, negaba con la cabeza a su manera rápida, con una sonrisa apacible, con un leve toque de pesar, y decía: «Lo siento, pero no me quedan existencias». Todo lo que hacía el señor Markham era así, pulcro y enérgico y seguro. Era un hombre curioso. Pero era simpático con Grover. Le hacía cosquillas. A Grover le caía bien. Le gustaba detenerse para observarlo, verlo con los dedos arqueados, la cabeza ladeada como un pájaro, escuchando.

La siguiente tienda era la de Garrett, y Grover también tenía que parar allí. Era un sitio bonito, una tienda amplia que llegaba hasta la esquina de la otra calle, y estaba llena de aromas agradables. A la izquierda había un gran barril de pepinillos dulces y, más al fondo, había otro barril incluso mayor para los pepinillos encurtidos. Y a la derecha, sobre el mostrador, siempre había un enorme y redondo queso amarillo con una cuña limpiamente cortada en una gran uve. Y al lado estaba el molinillo de café, y al lado del molinillo de café estaba la balanza. Y detrás del mostrador había unos grandes botes para el café, la sémola y el arroz, grandes botes con cucharones. Y a ambos lados, hasta el techo, había estanterías llenas, con los estantes abarrotados de una abrumadora abundancia de cosas, con mermeladas y conservas, con condimentos embotellados y con pepinillos, con kétchup, sardinas y latas de salmón, con tomates en conserva, maíz y guisantes, y carne de cerdo y judías. Y todo lo que uno podría querer, y más de lo que uno podría probar, más

de lo que uno podría llegar a imaginar o consumir. Suficiente, pensó Grover, para una ciudad. Suficiente, le pareció, para alimentar a todo el pueblo.

Y al fondo había una pila de sacos de harina, y grandes piezas de beicon amontonadas como si fueran leña.

Y detrás de todo eso había unas ventanas altas y sombrías, no demasiado limpias, protegidas con barras de hierro. Las ventanas lo hacían pensar en la parte trasera de la típica tienda americana, una pared que deja ver sus sólidos ladrillos rojizos, la zona de carga, el aspecto que siempre han tenido las cosas aquí en América —el tipo de edificios que siempre hemos tenido—, de alguna manera, como en la guerra civil, cuando la caballería de Sherman entró en Atlanta, algunos vagones de carga en las vías, un poco del depósito y la locomotora con su chimenea y los soldados subiendo por edificios del pasado como este, con viejos ladrillos rojizos, sencillo y austero, un cartel que dice «J. WILSON, IMPRENTA», o «ALIMENTACIÓN», y detrás de las viejas y sombrías ventanas con barrotes, la zona de carga y el fango rojo. Esto siempre hacía que el chico se sintiera un poco desolado y un poco feliz. Tal vez era debido a la estación y a la luz. Pues la luz llegaba y se iba —cuando había buena luz hasta los sólidos ladrillos rojizos y el vacío podían ser maravillosos—, era muy difícil de expresar, y un niño de menos de doce años no podía expresarlo. Simplemente era América, era el Sur; tan familiar como la carne y la sangre del hombre: familiar como los vientos helados de marzo; como un ardor de garganta o un catarro; fango rojo y desolación; o abril, abril, y el amor salvaje. Simplemente era todo esto: helado, espeso, desolador, encantador, lírico y lleno de maravillas. Simplemente era difícil de expresar: América; viejos ladrillos rojizos; una tienda de comestibles, y abril, y el Sur.

Y por encima de todo, y dentro de todo, y a través de todo, impregnando todas las cosas hasta el punto de que parecía que se hubiese infiltrado en la propia madera del mostrador, y se hubiese desgastado en él y hubiese madurado en los tablones del suelo, un único, variado, complejo, integral, indefinible, pero glorioso Olor a Todo, un olor del que no se podía hablar porque no existían las palabras para ello, un olor que no se podía describir porque no existía un lenguaje para hacerlo, un olor que nunca podría ser mencionado porque no existía un nombre para él. Lo único que podías decir del que en él había un olor acre y fuerte a queso amarillo, el olor del barril de los pepinillos dulces y el olor a eneldo, el olor a café recién molido y a té, el olor a beicon y jamón de Virginia, el olor a mantequilla campestre y a leche, el olor a todas las cosas buenas y succulentas que hayan existido, cada una en sí misma, solas y separadas, todas combinadas y entremezcladas, fundidas en un embriagador aroma, ese soberbio Olor a Todo para el que no existía nombre alguno.

Pues en esos olores no solo estaba el reconocimiento de las cosas recordadas, el conocimiento de sus identidades separadas. Había más, mucho más que eso..., mucho de la magia de la asociación, del anhelo imposible. En esos olores estaba —no sabía cómo, solo sabía que estaba ahí— el olor de la India y Brasil, el olor del oscuro Sur y del Oeste dorado y desconocido, el olor del fantástico y espléndido Norte, el olor de Inglaterra y de Francia, de ríos caudalosos y grandes plantaciones, de gentes desconocidas y lenguas extrañas, toda la gloria del mundo desconocido, todo el esplendor del mundo ignoto, todo el misterio, la belleza, la magnificencia de la tierra imponente, tal como se erigían en brillantes imágenes en la orgullosa y ferviente imaginación de un niño.

Tuvo que detenerse y mirar un momento, no podía pasar. Era como ir por Arabia. Delante de la tienda había un carro de reparto con su caballo, el viejo y enjuto caballo gris, encorvado sobre el peso del enganche. De vez en cuando el viejo caballo alzaba una escuálida pata y escarbaba con brusquedad en la calle. Conocía bien a ese viejo caballo, siempre lo contemplaba con grato recuerdo, el recuerdo del verano y de la lluvia repentina. Un día como este pasaba por la plaza. Hacía calor. Las nubes se habían acumulado de pronto. Realmente se habían reunido formando una amenaza sulfurosa y eléctrica. Y entonces todo el aire se agitó con la amenaza de tormenta. La luz se volvió violácea, las nubes se recogieron en la punta de un trueno. Y de repente cayó el relámpago, la tormenta estalló.

Llegó de pronto y en forma de diluvio torrencial, como nunca había visto antes. Se precipitó sobre ellos como si el Mississippi hubiese explotado en el cielo. Cayó de forma instantánea e intensa. Y en un momento toda la plaza se quedó despojada de vida, como si fueran las ruinas de una ciudad antigua. La lluvia siseaba al caer, se formaba espuma en los desagües, el agua fluía por las aceras como si hubieran abierto unas esclusas, los bajantes arrojaban torrentes. Y Grover se puso a cubierto en la tienda de comestibles. Observó ese diluvio torrencial, esa plaza desolada. Oyó el estruendo de la gran tormenta, y se sintió alegre.

Ya no quedaba nada en la plaza aparte del carro de reparto y el viejo caballo gris. La tormenta arremetía contra el carro, se extendía como una laguna por el toldo que lo cubría. La lluvia caía en torrentes sobre el viejo caballo, que agachaba la cabeza. La lluvia se abatía sobre él y le golpeaba los flancos. Siseaba y se precipitaba por el largo dorso de su lomo huesudo. Hacía que